



MANIFIESTO

La muerte que honramos no es el punto final. Honramos sus dos caras. Vida y muerte fluyendo en un ciclo que nos trasciende como humanos. Honramos la muerte que se integra a la tierra para hacerla más fértil, dándole paso a nuevos brotes. Honramos la muerte que es memoria y nos convoca a recordar e integrar a las y los ancestros en nuestra vida: cuando hacemos tortillas, cuando sembramos, cuando tenemos los saberes para poner una ofrenda donde les recibiremos con su mezcalito, sus tortillitas y su pollito con mole.

Reconocemos esa muerte en los ciclos que perviven en nuestro territorio, en las prácticas del cuidado del agua y los bosques, en el tejido profundo de la comunidad que guarda sus tradiciones, que sostiene el trueque, la faena, la milpa; que se sigue encontrando en las fiestas para celebrar la vida y que guarda la memoria de sus muertos como palabra de guianza para un mejor futuro.

¿Qué sería de nosotros sin recuerdos y vivencias?

Somos la tribu de los y las Guardianas que han cuidado este ciclo Vida y Muerte. Somos parte del tejido entre lo humano y lo no humano. El diálogo entre el micelio, el mundo animal, el reino vegetal y la tierra que lo sostiene todo. Nuestro paisaje verde y lleno de apantles y ojos de agua es la historia de amor que nuestros ancestros han sostenido con los árboles, los animales y las plantas. Es una historia de respeto que supo hasta dónde construir, cómo darle paso libre al agua para que todas pudieran acceder y disfrutar de su flujo; que supo cómo sembrar para compartir, cultivar el alimento que nutriera la alegría y el tejido de vida que nos sostiene como comunidad. Supo cuidar y ofrendarle a sus bosques y cerros.

Muerte lineal, punto final

Hoy nuestro paisaje nos muestra casas donde antes había árboles, apantles que no pueden seguir fluyendo, ríos desbordados de basura, calles pavimentadas que no permiten la filtración natural del agua, desagües con desechos desembocando en los ríos cristalinos. Esta muerte no es la que nuestros ancestros nos enseñaron a honrar. Esta muerte rompe con el Nosotros y Nosotras fluido, y nos deja como individuos aislados. Es la muerte de la desmemoria que no sabe cómo relacionarse con amor y respeto; la que olvida los rituales para hablarle al ojo de agua, para pedirle permiso al bosque, un olvido que impide las relaciones profundas de esa solidaridad que es base del tejido comunitario.

Desde la **Formación de Gestores Culturales Juveniles**, luego de reflexionar en torno a la muerte que honramos, el respeto a los ciclos de vida de nuestro territorio y las posibilidades que nos da juntarnos en torno al fuego, hemos invocado a **cuatro Guardianes** que nos acompañarán en el **Recorrido al Mictlán** de este año.

Dianthus: Guardián del Bosque

Honramos a Dianthus, Guardián de los Bosques, quien nos ha permitido recibir la lluvia, nutrir la tierra y nos conecta con la respiración; con los misterios de los chaneques, las raíces y el micelio; como vaso comunicante y sostén de la tierra que nos da vida.

En un principio el bosque era un lugar salvaje y las criaturas vivían en armonía con la naturaleza. Sin embargo, con el paso del tiempo el equilibrio se rompió y el bosque comenzó a sufrir daños por parte de los seres humanos. Dianthus nace de una piña de pino tras un incendio que acabó con el bosque. Es muestra de resiliencia, y su espíritu nos habla de renovación y del cuidado de la vida.

Dianthus se alimenta de frutos del bosque y de ofrendas que los humanos le hacen para agradecer y honrar su existencia (granos, flores, frutos y semillas). Se nutre de la energía vital de las plantas, los árboles y los mantos acuíferos. Lo fortalece la bondad de los corazones de quienes lo honran y respetan.

Su superpoder es regenerar, cuidar y conservar el bosque. Cuando camina purifica el agua y el aire, elimina la contaminación y restaura el equilibrio. Filtra y almacena agua. Se comunica mediante el micelio y las raíces. Tiene control del crecimiento de plantas, árboles, flores y frutos.

Puede camuflarse en el bosque porque su cuerpo es parte del mismo. Cura las heridas de los animales utilizando plantas medicinales y la energía de la naturaleza. Controla el viento, el agua y la tierra. Guía a los perdidos. Mantiene el ciclo de la vida y la muerte que honramos.

Protege el bosque de la muerte que aniquila: lo protege de tala ilegal, la contaminación y los incendios. Le duele y enoja el daño que eso genera y devuelve el daño a quien lo provoca: levanta y mueve las raíces de los árboles para hacerlos tropezar, o los pierde dentro del bosque. Lo apoyan los chaneques —seres pequeños que lo cuidan y protegen—, que hacen travesuras como hacer resbalar a la gente, lanzarle piñas de pino, enviarles ramazos o perderles sus cosas.

Intawi: Guardiana de las aguas

En el corazón de Malinalco, entre colinas verdes, montañas que tocan el cielo, ríos y manantiales que corren llenos de agua, vive Intawi. Es una figura mítica conocida como la cuidadora y protectora de los ríos. Se dice que en lo más profundo de un río cristalino y enigmático nació INTAWI, la Guardiana del Agua.

Su misión es tan esencial como sagrada: proteger y preservar el equilibrio de los ríos y lagos que fluyen desde las más altas montañas, así como ojos de agua y apantles que son tan fundamentales para la vida en nuestro pueblo.

Los habitantes de Malinalco sabían que INTAWI era la protectora de sus recursos más preciados. Desde tiempos antiguos ella aprendió los secretos del agua. Con el tiempo adquirió el poder de entender el lenguaje de los ríos y los manantiales.

INTAWI es una figura etérea, con largos cabellos azulados que se mecen suavemente con la corriente del agua. Su presencia se hacía notar porque resonaba con el murmullo de un arroyo en las noches de luna llena.

Ha sido guiada por las antiguas deidades del agua, para ser ella la guardiana de este preciado recurso. Conoce cada arroyo, cascada y manantial de la región, y vela por su pureza y vitalidad con devoción y valentía.

Nuestros ancestros le organizaban ceremonias de agradecimiento y purificación. Cada primavera, se reunían en comunidad junto al manantial para una celebración llena de canciones y ofrendas. Se contaban historias antiguas sobre el agua y su importancia. Se enseñaba a los niños sobre la responsabilidad, el amor y cuidado que tenían que aprender como guardianes del entorno natural. Sin ello, la comunidad no tendría este preciado recurso que es el agua.

Uay Tlacuatzin: Guardiana de la comunidad y el tejido comunitario

Honramos a la Guardiana del Tejido Comunitario, ésa que teje un Nosotros y Nosotras, que nos acuerpa y que nos hace sentir parte de una comunidad; que será quien atestigüe nuestra vida y quien nos guíe en nuestra trascendencia.

Ella es Uay Tlacuatzín, una bruja nahuala. Uay es “brujo” en maya. Tlacuatzín es “tlacuache” en náhuatl y significa “El pequeño que come fuego”. Ella es la guardiana protectora de la comunidad y las tradiciones. Nació en un pequeño hueco entre las raíces de un árbol de amate.

Habita en la fila de los molinos de maíz mientras charlamos y nos actualizamos; en las canchas de fútbol dónde nos convocamos a divertirnos. En la música con la que nuestro corazón se pone contento, en la organización de las fiestas patronales, en los comités del agua, en la organización de las brigadas de incendios. Habita en la cocina de nuestras abuelas que con sus guisos nos convocan como familia, y nos recuerdan la importancia y el impulso primario de juntarnos en torno al fogón, el fuego y el alimento.

¿Por qué un Tlacuache? Este pequeño animal ha estado habitando en la tierra desde hace muchos años y ha sabido adaptarse muy bien en cualquier entorno, además de que es un símbolo de unión y comunidad. Según una leyenda mexicana, este pequeño nos otorgó el secreto del fuego, en tiempos en los que era celosamente resguardado

por los gigantes de las montañas. Tiempos en los que las noches eran de total oscuridad y frío y en los que las personas tenían que comer sus alimentos crudos. Este valiente animalito burló ejércitos de jaguares feroces para robar la brasa con su colita, que ahora es lampiña. Gracias a él tuvimos fuego, y con él alumbramos nuestras noches, calentamos nuestros inviernos y cocinamos para alimentarnos en comunidad.

Es por esta misma razón que nuestra amiga guardiana toma las características de este pequeño ser, quien nos da un mensaje de unión y aprendizaje.

¿Por qué una viejecita? Es bien sabido que las personas mayores son las que van pasando sus conocimientos y tradiciones a la comunidad haciendo que estás se preserven. ¿A quién de nosotros no nos hace sentir calidez el abrazo de la abuela, el aroma de sus comidas y sus historias que nunca faltan cuando al lado de ella nos sentamos? Los abuelos siempre nos enriquecen con sus conocimientos y saberes llenos de alegría, aventura y algunas veces tristeza. Nos llenan de color la imaginación y el corazón. Nos enseñan a crear lazos de convivencia.

Su debilidad es el desinterés, la falta de empatía, el odio, el rencor, la enemistad y el olvido.

Ella también es importante para nuestra trascendencia al mundo de los muertos. Nos limpia quitando nuestros sentimientos negativos y nos ilumina con el destello del fuego que en su cola posee. Es ella quien nos guía al camino correcto para poder llegar a nuestra siguiente vida.

Nuestra nahuala está siempre acompañada de un pequeño tlacuache, posado sobre su hombro izquierdo. Porta siempre un rebozo que representa los tejidos comunitarios y la unión que creamos cuando realizamos algo con un propósito en común. También porta una pequeña bolsa que representa el amor y cuidado con el que ella nos guarda consigo. Su cola posee en la punta una llama de fuego ardiente que representa la calidez y la luz que serán guías en nuestro camino al Mictlán.

Nace de entre las raíces de un amate, las cuales nos recuerdan que aunque partamos de distintos puntos siempre aportamos algo que nos lleva a un lugar creado en comunidad. También representan las tradiciones, recuerdos, conocimientos, sabores y

amistades que nos hacen tener algo en común. Nos recuerdan que en comunidad somos más fuertes, tal como las raíces que sostienen al amate.

Tlatonalli: Guardián de la memoria de nuestros ancestros

En el antiguo pueblo de Malinalco, rodeado de montañas y envuelto en un aire de misticismo, nació un niño llamado Tlatonalli. Su nombre significa "inicio y fin". Desde su nacimiento se supo que estaba destinado a grandes cosas. Su madre, Xóchitl, era la partera sabia del pueblo, conocida por su vasto conocimiento de la historia, la medicina herbolaria y las tradiciones ancestrales. Xóchitl pasaba largas horas con Tlatonalli, enseñándole todo lo que sabía. Le contaba las historias de sus ancestros, de los dioses y los espíritus que protegían la tierra. Le mostró cómo usar las plantas medicinales para curar enfermedades y cómo leer los cielos para predecir el clima. Pero, sobre todo, le inculcó la importancia de recordar y preservar la cultura y las tradiciones de su pueblo. —Nuestro pueblo es fuerte porque recordamos— le decía Xóchitl. —La memoria es nuestra arma más poderosa, sin ella, estaríamos perdidos—. Tlatonalli absorbía el conocimiento con facilidad, mostrando una comprensión y una sabiduría que sorprendían incluso a su madre. Con el tiempo se convirtió en un joven de gran sabiduría y coraje, respetado por todos en Malinalco.

Tiempo después Xóchitl murió, dejando así encargado de hacer perdurar las tradiciones a Tlatonalli, quien recibió con orgullo su misión. Recorrió Malinalco recolectando historias y conocimientos de los ancianos, registrando cada detalle con ayuda de Tochi, su amigo y acompañante. Organizó ceremonias y rituales para mantener vivas las tradiciones y enseñó a los jóvenes del pueblo, tal como su madre le había enseñado a él.

En un tiempo donde los recuerdos parecen perderse en el olvido, surge una figura enigmática que vaga por los pueblos y las ciudades. Es Tlatonalli, el guardián de la memoria, un anciano sabio que lleva consigo el peso de los recuerdos de nuestros antepasados, recordándoles y haciendo recordar.

Va vestido con una indumentaria tradicional de los pueblos indígenas de México, porta sobre su sombrero tres flores de Malinalli, planta importante en Malinalco. Tlatonalli se

mueve con una elegancia que ante los ojos de los demás disimula su avanzada edad. Porta un báculo, adornado con un cráneo humano: es el símbolo de su poder para recordar y hacer recordar. En su espalda lleva un saco roto de maíz que, a su paso, va dejando un rastro de mazorcas que simbolizan las memorias de nuestros antepasados, importantes para la cultura de hoy. El maíz es uno de los alimentos principales para el sustento y el desarrollo de toda la comunidad, y él es capaz de sembrar recuerdos con sus granos.

En su andar desprende un humo que sale de su pecho, un vapor misterioso que lleva consigo el aroma a flor de cempasúchil y copal, que simboliza su presencia. Es como si el propio tiempo se detuviera en su presencia, y los recuerdos comenzaran a fluir como un río desbordado.

Nunca va solo. Un pequeño armadillo llamado Tochi lo acompaña en su viaje. Tochi es un animal que parece tener vida propia y que a veces se detiene a escarbar en el suelo, dejando enterradas las mazorcas que simbolizan guardar los recuerdos. Dicen que Tlatonalli puede recordar cualquier cosa, que su memoria es tan profunda que puede llegar a los recuerdos más olvidados. Uno de sus súper poderes es que con sólo tocar su báculo puedes recordar tus propios recuerdos, aquellos que creías perdidos para siempre. Percibe el mundo a través de sus cinco sentidos: la vista para ver y recordar imágenes simbólicas en nuestras tradiciones, el olfato para recordar olores que envuelven nuestra cultura, el oído para recordar los sonidos que se emiten y el tacto para recordar texturas. Utiliza también el sentido del gusto, y una de sus fuentes principales para nutrirse es percibir que los pueblos continúan recordando sus tradiciones. Por el contrario, su punto débil es el olvido.

Tlatonalli es un ser que puede estar en cualquier lugar en el que se le necesite o esté a gusto. Sin embargo, si quieres percibir su presencia más de cerca es necesario realizar un pequeño ritual de invocación. Consta de la presencia del fuego y el copal colocados entre las personas que desean su presencia, sentadas alrededor con una posición de meditación, tratando de recordar los pequeños fragmentos de un recuerdo que desean profundizar.

Cuando Tlatonalli sabe que ya cumplió su misión, su presencia empieza desvanecerse y su olor es más tenue. Así que, si algún día ves a Tlatonalli en tu camino, no dudes en acercarte.

Puedes sentir el peso de la memoria en su presencia, y quizás, solo quizás, puedas recordar quién eres y de dónde vienes.

Una historia de relación con los Guardianes y Guardianas del territorio

Estos guardianes nos invitan a reconocer, recordar y fortalecer nuestra relación amorosa con el territorio. Cada uno tiene un lugar fundamental en nuestro territorio, pero no son tierras aisladas sino que conviven y colaboran para velar por relaciones de amor y cuidado que permitan un equilibrio entre la vida y la muerte que honramos.

Para que viva el agua, ésta necesita del bosque. Para vivir, el bosque necesita de la comunidad que lo cuida, y para que la comunidad se mantenga viva necesita de la memoria de los ancestros que guardan los saberes de este gran tejido de vida y muerte.

Los guardianes nos conectan con la importancia de ritualizar nuestra relación con el territorio. Nos permiten acabar con la indiferencia, con el paso irrespetuoso que desprecia la vida y siembra la muerte que aniquila; con la idea de que somos individuos aislados y que la naturaleza está para servirnos.

Los rituales, que son las acciones que nos conectan con el entorno, son muestras de amor y respeto a lo que nos rodea; nos enseñan que, más que recursos, nuestro territorio es parte de lo que somos: es nuestro corazón que guarda la memoria de lo que nos vincula como comunidad.

¿Cuál es la muerte que honramos? ¿Cuáles son los ciclos naturales donde la muerte y la vida son dos caras de una misma moneda?